

En efecto, la madre oraba en voz baja.

— Pero en fin, dijo Justino, le habéis hablado, tenéis, pues, aun algo que decirnos.

— Si, tengo que concluir mi relato. Mina estuvo admirable en pudor y dignidad: Justino, es una joven santa, amada con toda vuestra alma.

— ¡ Oh! exclamó el joven, ¡ la amo! ¡ la amo!

— Alejóse Mr. Loredán, dejando á Mina sola. Entonces pensé que era tiempo de presentarme. Me acerqué á la pobre niña, que arrodillada sobre la arena, pedía consejo y socorro á Dios. Me bastó pronunciar vuestro nombre para hacerme conocer. Me preguntó, como vos, qué había que hacer, y como á vos, le repondí: Aguardar y esperar.

Entonces me refirió, con todos sus detalles, el rapto y sus consecuencias: cómo llevada en un carruaje á través de las calles de París, se vió obligada para hacer que llegase á vos su carta, á envolver en ella su muestra. La muestra debía estar en casa de la que os había mandado la carta. Fui allá, y la reclamé. La Brocante negaba, Rosa de Noel me la dió.

Justino besó de nuevo la muestrecita.

— Sabéis lo demás, dijo Salvador, y muy pronto os diré lo que me parece conveniente hacer.

Y habiendo dicho estas palabras, saludó, haciendo al saludar á Justino seña de que le acompañase.

Justino comprendió la seña y le siguió.

Mad. Corby permaneció tan inmóvil á la salida de Salvador, como inmóvil había estado en su entrada.

CAPÍTULO IV.

INICIACIÓN.

Los dos jóvenes bajaron al dormitorio de Justino; es decir, á la sala donde tenía la clase.

La clase estaba vacía, los niños no habían ido aquel día, á causa de su solemnidad, que era domingo.

Salvador fué quien hizo seña á Justino de que se sentase.

Justino cogió una silla; Salvador se sentó sobre una mesa.

— Ahora, dijo Salvador pasando la mano sobre el hombro de Justino; ahora, mi querido amigo, prestadme toda vuestra atención, y no perdáis una palabra de lo que voy á deciros.

— Escucho, porque bien me había parecido que no lo habíais dicho todo delante de mi madre y hermana.

— Y teníais razón. Hay cosas que no se dicen delante de una madre y de una hermana.

— Hablad, ya escucho.

— Justino, no encontraréis á Mina por los medios ordinarios.

— Sí, pero por medio de vos la volveré á ver, ¿no es verdad?

— Sea, sólo que todo debe primero estar bien resuelto entre nosotros.

— Que yo la vuelva á ver, que sepa dónde está, y lo demás me pertenece.

— Os equivocáis, Justino. Desde este momento á mí es á quien pertenece todo. Si, la volveréis á ver, puesto que os lo prometo; si, la robaréis, es posible y hasta fácil; si, la ocultaréis de manera que no se la encuentre; pero se os encontrará á vos.

— ¿Y después?

— Encontrado vos, sois arrestado, aprisionado.

— ¿Qué me importa! Hay justicia en Francia; se reconocerá mi inocencia tarde ó temprano, y Mina será salvada...

— ¿Tarde ó temprano habéis dicho? Admito el *tarde* ó *temprano*, aunque sobre este punto no sea de vuestra opinión; me veo obligado á inclinarme á lo peor. Pongamos que vuestra inocencia sea reconocida más tarde, creed que os hago una gran concesión, al cabo de un año, por ejemplo. Pues bien, durante este año, ¿qué será de vuestra familia? La miseria entrará por la puerta que vuestra salida haya dejado abierta; vuestra madre y vuestra hermana morirán de hambre.

— No, porque los buenos corazones acudirán en su ayuda.

— ¡Ah! cómo os equivocáis, mi pobre Justino. Los Valgeneuse tienen los cien brazos de Briareo. Así como les bastará extender uno de esos brazos, para abrirnos la puerta de un calabozo, lo mismo, con los noventa y nueve que les quedan, trazarán en torno de vuestra familia un círculo, que la piedad no se atreverá á franquearlo. Los buenos corazones vendrán en ayuda de vuestra madre y vuestra hermana. ¿Qué entendéis por buenos corazones? Juan Robert, un poeta, que hoy es rico como Mr. Laffitte, y mañana es más pobre que vos. Petrus, hombre de imaginación y capricho, que hace cuadros para él y no para el

público; que vive, no de su pincel, sino comiéndose su pequeño patrimonio. Ludovico, un médico de talento, de mérito, hasta de genio si queréis; pero un médico sin clientela. Yo, un pobre mandadero, que vivo día por día, y nunca puedo responder de mañana. Vuestra madre y vuestra hermana son buenas cristianas y las quedará la Iglesia. Uno de los cardenales más influyentes de la época, es pariente de los Valgeneuse. De las oficinas de beneficencia es también presidente un Valgeneuse. Recurrirán al prefecto del Sena, al ministro del Interior, y recibirán veinte francos de una vez; y aún eso, ¿lo recibirán cuando se sepa que son la madre y la hermana de un hombre, preso bajo la prevención de un crimen, penado con galeras?

— Pero, ¿qué me queda que hacer? exclamó Justino temblando de rabia.

Salvador apoyó más fuertemente su mano sobre el hombro de Justino, y fijando su mirada sobre la suya, le preguntó:

— ¿Qué haríais, Justino, si un árbol amenazase caer sobre vuestra cabeza?

— Derribaría el árbol, respondió Justino, que comenzaba á comprender la metáfora de su amigo.

— ¿Qué haríais si una bestia feroz, escapada, recorriese la ciudad?

— Cogería una escopeta y mataría la bestia feroz.

— Entonces, dijo gravemente Salvador, sois el que esperaba: escuchadme pues.

— Creo comprenderos, Salvador, dijo Justino, apoyando á su vez la mano sobre el muslo de su amigo.

— Ciertamente, repuso Salvador, el que para vengar una injuria personal llevara el desorden á la ciudad; el que porque su casa se quema, intentase incendiar la ciu-

dad, ese sería un tonto, un malvado ó un loco. Pero aquel, Justino, que hubiese sondeado las llagas de la sociedad, y que se dijese: « Conozco á fondo el mal, busquemos el remedio; » éste obraría como un buen ciudadano, como un hombre honrado. Justino, yo soy uno de los miembros desolados de esa gran familia humana, oprimida por algunos intrigantes. Joven, me he ido á fondo en este océano que se le llama mundo, y como el pescador Schiller, he vuelto lleno de espanto. Entonces, he vuelto á entrar en mí mismo, y he meditado sobre las miserias de mis semejantes. Les he visto á todos desfilar delante de mí, los unos como bestias de carga, doblándose bajo un peso que excedía á sus fuerzas; los otros, como carneros que el carnicero lleva al matadero. Al ver esto, he tenido vergüenza de mis semejantes y de mí mismo, me he hecho el efecto de un hombre que viera en un bosque á otro hombre atacado por los ladrones, y que, oculto detrás de un árbol, le dejara desvalijar y asesinar sin socorrerle. Gimiendo sordamente, me he dicho que para todo, excepto para la muerte, había remedio, y aun la muerte, que no era más que un mal individual, sin ser siquiera un accidente para la especie. Un día que un moribundo me enseñaba sus heridas, le pregunté: « ¿Quién te las ha hecho? » y me respondió: « La sociedad, tus semejantes. » Entonces he detenido la palabra sobre sus labios, y le he dicho: « No, no es la sociedad; no, no son mis semejantes los que te han herido. No son mis semejantes los que te esperan en el fondo de un bosque, y te roban tu bolsa; no son tus semejantes los que te atan las manos y te degüellan. Esos son los malvados, que es preciso combatir; las hierbas empozoñadas de la llanura, que es preciso arrancar. »

— No puedo, respondió el herido, estoy solo.

— No, le respondí alargándole la mano, somos dos.

— Somos tres, dijo Justino cogiendo la mano de Salvador.

— Te equivocas, Justino, dijo Salvador, somos quinientos mil.

— Bien, dijo Justino, cuyos ojos irradiaron de alegría; que Dios que me ha oído no me tenga por uno de los suyos el día en que olvide ó niegue las palabras que digo.

— Bravo, Justino.

— Abajo ese miserable gobierno de idiotas, de intrigantes y jesuitas, que se ha llamado impudicamente la Restauración, y que no es más que el soplo del extranjero esparcido sobre la Francia.

— Basta, dijo Salvador, estad á las cinco en mi casa, y advertid en la vuestra que no volveréis esta noche.

— ¿ Adónde vamos? »

— Yo os lo diré á las cinco.

— ¿ Es preciso llevar armas? »

— Es inútil.

— ¿ Á las cinco? »

— Á las cinco.

Los dos jóvenes se separaron.

No habían necesitado, como se ve, más que un instante, el uno para hacer y el otro para aceptar una proposición, en la que los dos arriesgaban su cabeza.

Pero tal era el estado de los ánimos en aquella época. Había un recuerdo que hacía bravos á los más tímidos, feroces á los más dulces. Este recuerdo era el del enemigo invadiendo dos veces la Francia. Esta odiosa y terrible invasión, que no es más que un hecho histórico para la generación de 1850, era una aparición inflamada y sangrienta

para la de 1827. Todos recordábamos en provincias los heridos de Montmirail, de Champaubert y de Waterloo; en París, los del cerro de Chaumont y de la barrera de Clichy. El odio era una obra nacional, y la frase de Lafayette: « La insurrección es el más santo de los deberes, » se había hecho la divisa de la Francia.

El día en que retratemos esta época desde el punto de vista de la historia general; seremos más justos para con ellos, como filósofos, que hoy lo somos como novelistas.

Á las cinco estaba Justino en casa de Salvador.

Salvador presentó á Justino á Fresolina.

— Te he prometido, dijo, un acompañante y un maestro de canto para Carmelita. Hé aquí ya la mitad de lo que he prometido. Justino, ¿ recordáis aquella bella joven que vimos expirante en Meudón en su lecho de dolor? Pues bien, sufre, y es nuestra hermana. Le he prometido, por medio de Fresolina, vuestra ayuda y la de Mr. Muller.

Justino respondió con una sonrisa, que ponía su vida á disposición de Salvador.

— Y ahora, dijo éste, partamos.

Y volviéndose hacia Fresolina, y besándola como un padre besa á su hija, porque por más que fuese joven, á Salvador le había impreso el dolor un no sé qué de grave y paternal; besándola, decimos, como un padre besa á su hija, mucho más que como un amante besa á su amada, bajó la escalera el primero, mandando á Brasil, todo desolado, que se quedase con Fresolina.

Justino le siguió silencioso.

Atravesaron, sin cambiar una palabra, toda aquella porción de París, que se extiende desde la plaza de San Andrés de las Artes á la barrera de Fontainebleau.

Llegados allí, y viendo á Salvador internarse en el camino, Justino rompió el silencio.

— ¿ Adónde vamos? preguntó.

— Á Viry-sur-Orge, dijo Salvador.

— ¿ Qué es Viry-sur-Orge?

— ¿ No adivináis?

— No.

— Es la aldea donde he visto á Mina.

Justino se detuvo de repente, estremeciéndose.

— ¿ Y vais á hacer que la vea? exclamó.

— Sí, respondió Salvador sonriendo al aspecto de aquella palidez, que invadía las mejillas de Justino, signo de alegría que difícilmente se hubiera distinguido de un signo de terror.

— ¿ Y cuándo haréis que la vea?

— Esta noche misma.

Justino llevó las dos manos á sus ojos, y vaciló.

Sostúvole Salvador, pasándole el brazo alrededor del cuerpo.

— ¡ Oh! mi querido Salvador, dijo Justino, vais á tomarme por una mujer, y no vais á tener más confianza en mí.

— Os equivocáis, Justino, porque si os veo débil en la desgracia, os he visto fuerte en el dolor.

— ¡ Oh! murmuró Justino, ¡ y mi madre, mi pobre madre, que no sabe cuán feliz voy á ser!

— Mañana se lo diréis todo, y nada habrá perdido por esperar.

En su deseo de llegar pronto á Viry-sur-Orge, propuso Justino tomar un carruaje; pero Salvador le hizo observar que no podía ver á Mina más que de once á doce, y que por consiguiente era inútil llegar á Juvisy tres ó cuatro

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MÉXICO

horas antes. Su presencia, reiterada en *la corte de Francia*, podía además infundir sospechas.

Rindióse Justino á las observaciones de Salvador.

Se resolvió que se iría á pie; pero arreglándose de modo que se llegase al parque del castillo á las once.

Una vez en la llanura, los dos viajeros rompieron el silencio que habían guardado al atravesar á París. La conversación, contenida hasta entonces, tomó un giro libre, una marcha más viva.

Parece que los pensamientos íntimos necesitan, como las plantas, aire libre para exhalarse.

Salvador volvió á emprender la iniciación en el punto en que la había dejado en la habitación del maestro de escuela: explicó á Justino en sus detalles más ocultos los secretos del carbonarismo, le reveló la organización de él, le dijo su fin, le mostró la francmasonería, tomando su origen de mil años antes de Jesucristo en el templo de Salomón, primero arroyo, después torrente, luego río, luego lago, y por último océano.

Justino, al oír á un hombre de la edad y condición de Salvador, hacer de la sociedad una historia tan completa y tan rápida al mismo tiempo, escuchaba las palabras del joven con el mismo respeto que hubiera escuchado las de un apóstol.

Y en efecto, Salvador, dotado de la facultad tan rara de generalizar, Salvador, en poco tiempo y en pocas palabras, había, como Cuvier hizo para el mundo físico, encontrado, compuesto y descompuesto la historia moral de la sociedad.

CAPÍTULO V.

LA ENTREVISTA.

La teoría de Salvador era muy sencilla, era una ternura profunda para la humanidad, sin distinción de casta ni de raza, una abolición completa de las fronteras, para reunir al género humano en una sola y misma familia. El cumplimiento de las palabras de Cristo, que habiendo dado ya la libertad y la igualdad, tenían aún que dar la fraternidad.

Para él, y en su vasta apreciación social, todos los hombres eran hijos de un mismo padre y de una misma madre; todos hermanos, por consiguiente, y por consiguiente todos libres.

La esclavitud, pues, bajo cualquier forma que se ocultase, era el monstruo que quería echar por tierra, como causa primordial del mal. Había en él un resto de la nobleza y de la lealtad de los caballeros que iban á combatir á la Palestina. Hubiera, como ellos, dado con gusto su vida por el triunfo de su fe, y hablaba del porvenir de las naciones con esa misma elevación y en aquel mismo lenguaje, cuyo secreto parecía tenerlo sólo el abate Domingo.

Por lo demás, los dos jóvenes, de los que el uno había tenido, sin saberlo, tan grande influencia sobre la vida del otro; los dos jóvenes, el sacerdote y el mandadero, tenían entre sí más de una semejanza.

El mismo amor á la humanidad, la misma fraternidad universal, el mismo fin, por último, hacía el que camina-

ban, si bien marchando por dos caminos diferentes, y habiendo partido de dos puntos opuestos.

Así que, el abate Domingo partía de Dios, y bajaba de Dios á la humanidad.

Salvador buscaba el secreto de Dios en la humanidad y subía del hombre á Dios.

La humanidad, para el abate Domingo, era de creación divina.

Dios, para Salvador, era de creación humana.

La humanidad, para el abate Domingo, no tenía razón de ser más que creada, sostenida, dirigida por un poder superior.

La humanidad, para Salvador, no tenía ninguna razón de ser, si no era enteramente libre, si no tenía en sí misma su fuerza conductora.

Había, en una palabra, entre sus dos teorías religiosas, la misma diferencia que hay en política entre la aristocracia y la democracia, entre la monarquía y la república.

Y sin embargo, lo repetimos, partiendo de dos principios opuestos, los dos tendían al mismo fin, la independencia del hombre, la fraternidad universal.

Para Justino, pobre mártir, en lucha desde su infancia con las necesidades de la vida material, y que nunca había hundido su mirada en el abismo de las abstracciones sociales, aquella teoría de Salvador fué un largo deslumbramiento que llegaba casi al vértigo. Aquella revelación hizo brotar en derredor de él mil centellas, como brotan de un hogar, cuya llama, pronta á extinguirse, se ataca. Su corazón, dormido en los brazos de la resignación, esa niñera celestial que hace diez y ocho siglos duerme á la humanidad, se estremeció y se despertó de repente á las palabras de fraternidad é independencia, y al cabo de dos horas de

marcha y de conversación, había crecido diez codos. Se anda pronto y mucho sin darse cuenta de ello, cuando se va impulsado por el soplo de una poderosa preocupación ó de una grande idea. Llegaron á la Corte de Francia á eso de las nueve de la noche.

Había que aguardar dos horas

Salvador recordó una pequeña cabaña de pescadores donde había comido, había siete años, el día que había encontrado á Brasil. Ganaron la orilla del río, reconocieron la cabaña, entraron, y mediante una botella de vino y una marinera, obtuvieron hospitalidad.

Los ojos de Justino no se apartaban del cuco que marcaba la hora, más que para volver á fijarse en él un instante después más ardientemente: sin el ruido que hacía su movimiento, ruido con el que no había lugar á equivocarse, hubiera jurado Justino que las agujas estaban quietas.

Sin embargo, sonaron las diez y después las once. Salvador vió la impaciencia de su compañero y tuvo compasión.

— ¡ Partamos ! dijo.

Justino respiró, saltó de su silla á coger su sombrero, y se encontró al instante en el umbral de la puerta.

Salvador se le reunió sonriendo.

Á Salvador le tocaba enseñarle el camino.

En efecto, marchó el primero en dirección al castillo de Viry, encontraron el puente Godeau, la calle de tilos, la reja del parque.

— ¿ Es aquí ? preguntó por lo bajo Justino.

Salvador hizo seña con la cabeza de que sí.

En seguida, para recomendar el silencio, apoyó el dedo sobre los labios.

Salvador y Justino siguieron á lo largo de la pared, ligeros y silenciosos como dos sombras : en seguida, en el mismo sitio por donde Salvador había escalado la vispera, se detuvo.

— Aquí es, murmuró.

Justino midió con los ojos la altura de la pared. Menos habituado que su compañero á los ejercicios gimnásticos, se preguntaba cómo franquearía aquel obstáculo.

Salvador se apoyó contra la pared, y presentó á Justino sus dos manos, como primer escalón.

— ¿ Vamos, pues, á escalar esto ? preguntó Justino.

— No temáis, á nadie encontraremos, dijo Salvador.

— ¡ Oh ! no es por mí por quien temo, sino por vos.

Salvador hizo un movimiento de hombros, que no intentaremos traducir.

— Subid, dijo.

Justino puso sus pies en las manos, después en los hombros de Salvador, y luego se puso sobre la cumbre de la pared.

— ¿ Y vos ? preguntó.

— Saltad al otro lado y no os inquietéis por mí.

Justino obedeció como un niño.

Si en vez de haberle dicho que saltase sobre el suelo, le hubiera dicho Salvador que saltase sobre el fuego, hubiera obedecido lo mismo.

Saltó, y Salvador oyó el ruido de sus pies sobre la tierra.

En cuanto á él, se lanzó con su ligereza ordinaria ; se encaramó, á fuerza de puños, sobre la cima de la pared, y en un segundo se encontró en el parque al lado de Justino.

Tratábase de orientarse, á fin de no dar las vueltas que Salvador había dado la primera vez, siguiendo á Rolando.

Detúvose el joven un instante, reunió sus recuerdos, y cortó derecho á través del parque.

Al cabo de cinco minutos de marcha se detuvo, se orientó de nuevo, y torció un poco á la izquierda.

— Ya estamos, dijo Salvador, hé aquí el árbol.

Sin duda para sí añadía :

— Y hé aquí la tumba.

Penetraron los dos en la espesura, y aguardaron.

Al cabo de algunos segundos, Salvador apoyó la mano sobre el hombro de su amigo.

— ¡ Silencio ! dijo, oigo el roce de un vestido de seda.

— ¿ Es ella entonces ? dijo Justino estremeciéndose de pies á cabeza.

— Si, según toda probabilidad ; pero dejadme presentarme el primero. Comprenderéis el efecto que vuestra aparición inesperada podría hacer en la pobre niña. Se acerca, está sola. Ocultaos ahí y no parezcáis hasta que yo os lo diga. Héla allí.

Era Mina, estaba sola, en efecto.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! murmuró Justino, y quiso lanzarse.

— ¿ Queréis, pues, matarla ? dijo Salvador reteniéndole. Habíase hecho un movimiento en la espesura, que había llamado la atención de Mina.

Detúvose, mirando con inquietud, y pronta á huir como una gacela asustada

— Soy yo, señorita, dijo Salvador ; no temáis.

Y separando las ramas, apareció á los ojos de Mina.

— ¡ Ah ! ¿ sois vos ? dijo Mina. ¡ Cuán feliz soy en veros, amigo mío !

— Y yo también, tanto más, cuanto que os traigo noticias.

— ¿ De Justino ?

— De Justino, de su madre, su hermana y el buen Mr. Muller.

— ¡ Cuán ingrata soy ; olvidaba todo lo que no es él ! Veamos, ¿ qué habéis hecho desde anteayer ? contadme eso.

— Lo primero, he encontrado vuestra muestra.

— ¡ Oh ! tanto mejor...

— He estado á ver á toda vuestra querida familia, á llevar á Justino la seguridad de vuestro amor y recibir la suya.

— ¡ Oh ! qué bueno sois... ¿ Y ha sido muy feliz ?

— ¿ Preguntáis eso ? Ha pensado volverse loco.

— ¡ Gracias ! ¡ cien veces gracias ! ¿ Le habéis dicho dónde estaba ?

— ¡ Sí !

— ¿ Y entonces ?

— Entonces, comprenderéis muy bien que me ha pedido venir.

— ¡ Ah ! sí, ¡ lo comprendo !

— Sí ; pero comprenderéis también que mi primer pensamiento ha sido negarle esta satisfacción.

— ¡ Oh ! no, no, eso ya no lo comprendo, caballero.

— Os digo mi primer pensamiento, señorita.

— Y... ¿ y el segundo ? preguntó Mina vacilando.

— El segundo ha sido opuesto al primero.

— De modo... preguntó Mina, toda temblorosa.

— De modo, que con la promesa de ser razonable...

— ¿ Qué ?

— He convenido con Justino en conducirle.

— ¿ Y cuándo debéis conducirle ?

— Quería conducirle una de estas noches.

— ¡ Una de estas noches ! dijo la joven lanzando un suspiro, ¿ y ha consentido en esperar ?

— No.

— ¿ Cómo no ?

— Ha querido venir en seguida ; también comprenderéis eso.

— ¡ Oh ! ciertamente que lo comprendo. Yo hubiera hecho lo que él.

— Mi primer pensamiento ha sido rehusar, dijo Salvador riendo.

— Pero ¿ y el segundo ? dijo Mina, ¿ el segundo ?

— El segundo ha sido traérosle esta noche misma.

— ¿ De modo ? preguntó la joven toda palpitante.

— De modo que le he traído.

— Caballero, me pareció oír hablar hace un momento. Era á él á quien hablabais, ¿ no es verdad ?

— Sí, señorita ; él quería arrojarse delante de vos, y yo se lo impedía.

— ¡ Oh ! si le hubiera vuelto á ver así hubiera muerto de alegría.

— ¿ Ois, Justino ? dijo Salvador.

— ¡ Oh ! sí, dijo el joven lanzándose fuera de la espesura.

Salvador se alineó para dejar sitio á su amigo. Los dos jóvenes se lanzaron uno en brazos del otro, ahogando entre sus labios los dos nombres de Mina y Justino.

En seguida, al mismo tiempo, dos manos se extendieron hacia Salvador, y dos voces, llenas de lágrimas alegres, murmuraron al mismo tiempo...

— Amigo mío, Dios os lo pague.

Salvador les miró un instante con su dulce y poderosa mirada, que semejante á la de un dios, parecía tomar la responsabilidad del porvenir ; después, estrechando la mano de Justino y besando á Mina en la frente, dijo :

— Y ahora estáis bajo la mirada del Señor. Que Dios que me ha conducido hasta aquí, me lleve hasta el fin.

— ¿Nos dejáis, Salvador? dijo Justino.

— Justino, respondió Salvador, sabéis que he encontrado á Mina por casualidad; sabéis que no era á ella á quien buscaba cuando vine á este parque. Dejadme proseguir mi obra, y sed felices. La felicidad es un himno de Dios. Dentro de una hora estaré junto á vosotros.

Y el joven, despidiéndose de ellos con la mano y con la cabeza, desapareció en un recodo de la calle que conducía al castillo.

Lo que habiendo quedado solos se dijeron los dos jóvenes, durante aquella hora, no intentaré referiroslo.

Suponed, queridos lectores, que tenéis el oído apoyado en la puerta del cielo, y que oís hablar á dos ángeles.

CAPÍTULO VI.

INVESTIGACIÓN.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, Justino abría su clase como de costumbre; pero con un rostro tan alegre, que los mayorcitos de sus discípulos, acostumbrados á su rostro triste, ó más bien grave, se preguntaron entre sí: «Toma, ¿qué tiene, pues, el maestro esta mañana? ¿Habrà heredado acaso veinte mil libras de renta, ó qué le habrá sucedido?»

Á la misma hora, Salvador, con el semblante un poco más inquieto, entraba en la calle principal, ó más bien, en

la única calle de la aldea [de Viry; miraba á derecha y izquierda, y notando sobre el umbral de una puerta una bella joven que parecía volver á entrar en su casa y que tenía en la mano una medida de leche, se acercó á ella con una intención tan visible de hablarle, que ésta se detuvo sobre el umbral, y esperó.

— ¿Señorita, dijo Salvador, seríais bastante buena para indicarme la casa del señor alcalde?

— ¿Preguntáis en realidad por la casa del señor alcalde? dijo la joven.

— Sin duda.

— Es que hay la casa del señor alcalde y la alcaldía, dijo la linda joven con una sonrisa, que parecía pedir perdón al joven por la lección de topografía [que le daba.

— Es justo, dijo Salvador, hubiera debido explicarme con más claridad. Deseo hablar al señor alcalde, señorita.

— Entonces, podéis entrar, caballero, porque estáis justamente á su puerta, añadió la joven.

Y pasando la primera, indicó el camino á Salvador.

En la puerta del comedor encontró una especie de criada, á la que entregó su pequeña medida de leche, que parecía destinada á ser su desayuno y el de su familia; en seguida, volviéndose á Salvador:

— Si el señor viajero quiere seguirme, dijo.

En aquella época no se conocían los caminos de hierro y los trenes de placer; se daba generalmente al visitador extranjero el título de *vajero*, como se le da aún hoy al que da una vuelta á las montañas del Jura y las del Delfinado.

Salvador sonrió á la bella niña.

Subieron al primer piso; la joven abrió la puerta de

una especie de gabinete, donde estaba un hombre sentado á una mesa, y dijo á aquel hombre :

— Papá, aquí hay un *caballero* que quiere hablarte.

Y en efecto, con su traje de caza, Salvador podía pasar muy bien por un *caballero*.

El alcalde hizo una señal con la cabeza y continuó escribiendo sin mirar al recién venido ; tal vez temería perder el hilo de su frase si la interrumpía.

Por casualidad, el alcalde de Viry era aún en aquella época el mismo buen hombre con el que se había entendido el honrado Mr. Gerard, hacía siete ú ocho años, cuando la terrible catástrofe de que había sido víctima.

Era, como hemos dicho en su lugar, un buen y digno alcalde, que participaba á la vez del vecino de ciudad y del de aldea, hombre leal é ingenuo, cuanto Salvador podía desear.

Concluida su frase, se volvió, echó atrás su gorro griego, levantó sus anteojos sobre su frente, y viendo al joven en pie, cerca de la puerta, preguntó :

— ¿ Sois vos el que deseáis hablarme ?

— Sí, señor, respondió Salvador.

Entonces, tomaos la molestia de sentaros, dijo el alcalde con un gesto, que recordaba vagamente el de Augusto, haciendo la misma invitación á Cinna.

Y al mismo tiempo le designaba una especie de sillón romano.

Salvador acercó su asiento todo lo que pudo al del alcalde.

Después de cambiadas las primeras frases de cortesanía :

— ¿ Qué deseáis, caballero ? preguntó el alcalde á Salvador.

— Una noticia que tenéis derecho á rehusarme, caballero, convengo en ello, dijo Salvador, mas que espero tengáis la complacencia de dárme-la.

— Hablad, caballero, y si no es cosa contraria á mis dobles deberes de ciudadano y magistrado...

— Me atrevo á creer que lo juzgaréis así, caballero.... Pero en primer lugar, sin indiscreción, ¿ cuánto tiempo hace que sois alcalde ?

— ¡ Hace catorce años, caballero ! respondió el buen hombre rebotando de satisfacción.

— ¡ Bueno ! dijo Salvador. Pues bien, desearía saber de vos el nombre de la persona que habitaba el castillo de Viry hacia el año 1820.

— ¡ Oh ! caballero, el propietario se llamaba entonces Mr. Gerardo Tardieu.

— ¡ Gerardo Tardieu ! repitió Salvador pensando en aquel grito escapado con tanta frecuencia á Rosa de Noel, durante su fiebre : « ¡ Oh ! no me matéis, Mad. Gerard ! »

— Un hombre muy honrado y muy excelente y que, con gran pesar de todos nosotros, dejó el país á consecuencia de una catástrofe espantosa, continuó el alcalde.

— ¿ Sucedió aquí ?

— Aquí mismo.

— Entonces, caballero, precisamente de esa aventura es de lo que deseaba hablaros, dijo Salvador. ¿ Os agradaría referirmela ?

Aquellos de nuestros lectores que han habitado ó que habitan aún en provincias, saben con qué empeño todo habitante de una pequeña ciudad acepta el menor incidente que puede romper la monotonía de su vida, y no se admirarán del rayo de placer que iluminó los ojos del alcalde de Viry, cuando notó la distracción que venía á ofrecerle

aquel extranjero providencial. La alegría que se presentó sobre el rostro del buen hombre era una injuria dirigida á la lentitud del tiempo, y expresaba claramente este pensamiento burlón: « Tanto cogido al enemigo. »

Refirió á Salvador la historia de Mr. Gerard, de Úrsula, de Mr. Sarranti y de los dos niños, en sus menores detalles; nada omitió de lo que podía interesar á su oyente, y sobre todo, alargó el relato. El buen hombre hubiera querido multiplicar hasta el infinito los episodios de aquella sangrienta aventura, á fin de retener el más tiempo posible á un huésped tan precioso. Desgraciadamente era una imaginación mediana la del alcalde de Viry, y refirió en su espantosa sencillez toda la horrible historia que nuestros lectores conocen.

Además, la refirió según su modo de ver; de modo, que el personaje interesante de este drama fué Mr. Gerard, que en el relato del digno alcalde, se tornaba de asesino en víctima.

El narrador se extendió sobre la desesperación de aquel mismo Mr. Gerard, del que hizo una larga y dolorosa descripción.

La pérdida de los dos niños, sobre todo, había sido, al decir del señor alcalde, tan terrible para su antiguo administrador, á causa del grande afecto que profesaba á su hermano, que no hablaba nunca de uno ni de otro sin sollozar.

Salvador escuchó al buen hombre con una atención, que le conquistó toda su benevolencia.

En seguida, cuando hubo concluido, Salvador preguntó:

— Pero me habéis hablado de un Mr. Gerard, de una Úrsula, de un Mr. Sarranti y de dos niños...

— Si, dijo el alcalde.

— ¿ No existía una Mad. Gerard ?

— No he conocido mujer á Mr. Gerard.

— ¡ Pensadlo bien ! ¿ no habéis conocido persona alguna con el nombre de *Mad. Gerard* ?

— ¡ No... á menos que... aguardad !

Y el alcalde se echó á reír con malicia.

— Aguardad, continuó; si tal, si tal, había en realidad una Mad. Gerard; la pobre Úrsula, á quien las gentes que querian ponerse bien con ella la llamaban *Mad. Gerard*; porque, caballero, añadió sentenciosamente el alcalde, sabéis que la debilidad de las concubinas, es desear que los inferiores ó los que dependen de ellas les den el nombre que no tienen derecho á llevar... También sabían esto los pobres niños, y cuando querian obtener algo de su aya, no dejaban de llamarla *Mad. Gerard*.

— Gracias, caballero, dijo Salvador.

En seguida, después de una pausa:

— ¿ Y decís, caballero, preguntó, que por más investigaciones que se han hecho, nunca se ha podido encontrar al pequeño Victor ni la pequeña Leona ?

— Nunca, caballero, y sin embargo, se ha buscado bien.

— ¿ Recordáis esos desgraciados niños, señor alcalde ? repuso Salvador.

— Perfectamente.

— Hablo de sus señas.

— ¡ Como si los estuviese viendo, caballero ! el niño tenía entre ocho y nueve años, era hermoso, fresco, rubio...

— ¿ Grandes cabellos ? preguntó Salvador estremeciéndose á su pesar.

— Grandes cabellos rizados, que caían hasta sus hombros.

— ¿Y la niña?

— La niña podía tener como de seis á siete años.

— ¿Rubia como su hermano?

— ¡Oh! no, señor; era una naturaleza en un todo opuesta; delgada y morena, con grandes ojos negros, magníficos, que á causa de su enflaquecimiento parecían cogerle todo el rostro... Preciso es que ese Mr. Sarranti fuese un fiero miserable, para robar así cien mil escudos á su bienhechor y matarle sus dos hijos.

• — Pero, preguntó Salvador, ¿no me habéis dicho que el cómplice de Mr. Sarranti en este asesinato había sido un gran perro que siempre estaba atado y se le tenía como á un tigre?

— Sí, dijo el alcalde, un perro que el hermano de Mr. Gerard había traído del Nuevo Mundo.

— ¿Y qué ha sido de ese perro?

— Me parecía haberos dicho, caballero, que en un momento de desesperación, Mr. Gerard había cogido su carabina y la había descargado sobre él.

— ¿De modo que le mató?

— No se sabe si le mató; pero como era un perro terrible, ha llevado el tiro.

— ¿Recordaríais, por casualidad, el nombre del perro?

— Aguardad... voy á recordarlo... tenía un nombre singular... un nombre de... ¿cómo diré? ¡se llamaba Brasil!

— ¡Ah! dijo para sí Salvador, ¡Brasil! ¿estáis seguro?

— ¡Sí, sí, muy seguro!

— ¿Y ese perro feroz nunca había mordido á los niños?

— Al contrario, los adoraba, y particularmente á la pequeña Leona.

— Ahora, señor alcalde, me falta pedir os una gracia, dijo Salvador.

— ¿Cuál, caballero, cuál? exclamó el alcalde, demasado feliz en hacer algo por un hombre que le interrogaba con tanta cortesía y le escuchaba con tanta atención.

— No puedo pedir permiso para visitar el castillo, que está habitado por personas desconocidas, continuó Salvador, y sin embargo...

Vaciló.

— Decid, caballero, decid, dijo el alcalde, y si la noticia que deseáis está á mi disposición...

— Quisiera un plano de las habitaciones bajas, de la cocina, de la despensa, la estufa.

— ¡Oh! caballero, dijo el alcalde, es cosa fácil; cuando la instrucción del proceso, instrucción interrumpida por la ausencia de Mr. Sarranti, se han hecho dos planos...

— ¿Y esos dos planos? preguntó Salvador; decidme, ¿qué ha sido de ellos, si os agrada?

— Uno está unido al legajo que se encuentra en manos del procurador del rey; el otro debe estar aún en mis cajones.

— ¿Me sería permitido, caballero, sacar una copia del que os ha quedado? preguntó Salvador.

— Seguramente, caballero.

Abrió el alcalde inútilmente dos ó tres cajones, y al fin encontró el objeto que buscaba.

— Hé aquí lo que pedís, caballero, dijo. Ahora, si deseáis una regla, un lápiz y un compás, puedo proporcionároslo.

— Gracias, no necesito establecer una escala de proporción: me bastará tomar un conocimiento general de las localidades.

Salvador copió el plano con la seguridad de mano de un geómetra ejercitado, y concluido su dibujo:

— Caballero, dijo doblando el papel y metiéndolo en su bolsillo, sólo me resta daros gracias y presentaros mis excusas por todo lo que os he molestado.

El alcalde protestó que Salvador en nada le había molestado, y hasta intentó retenerle á desayunarse con su esposa y sus dos señoritas; pero por tentadora que fuese la oferta, Salvador creyó que debía rehusar.

El alcalde, que no quería separarse de su huésped, sino lo más tarde posible, le acompañó hasta la puerta, y antes de despedirse de él se puso á disposición del joven para cualquiera nueva noticia que fuese de su competencia.

El mismo día, Salvador presentaba á Justino en casa de los Amigos de la Verdad, donde le hacía recibir de masón.

No hay necesidad de decir, que Justino cumplió sin pestañear todas las pruebas; hubiera atravesado el fuego; hubiera pasado el puente, agudo como el filo de una navaja de afeitar, que conduce del purgatorio al paraíso de Mahoma. ¿No estaba Mina al extremo del rudo y peligroso camino?

Al día siguiente fué Justino presentado y recibido en una venta.

Á partir de esta segunda recepción, ya no tuvo Salvador nada oculto para su amigo, y le reveló hasta los últimos secretos de la vasta conspiración, que comenzada en 1815, no debía fructificar hasta 1830.

Dejémosles proseguir la grande obra de la insurrección, en la que encontrará su desenlace nuestra historia, y prosiguiendo ésta á través de las sinuosidades que traza, volvamos á Petrus y á la señorita de Lamothe-Houdon.

CAPÍTULO VII.

LA NOCHE DE BODAS.

En aquella estufa embalsamada donde hemos visto á Petrus hacer con tanto amor un retrato, destruido con tanta cólera, acostado sobre una larga silla, vestida con el traje blanco de las desposadas, pálida como la estatua de la desesperación, la señorita Regina de Lamothe-Houdon, ó más bien, la condesa Rappt, miraba, con ojos en que se pintaba el estupor, un centenar de cartas esparcidas en torno suyo.

El que hubiese entrado en aquella habitación, ó que simplemente hubiese dirigido una mirada por la puerta entreabierta, hubiera comprendido, al ver el semblante espantado de la joven, que la causa de aquel terror mudo era la lectura que acababa de hacer, de una ó muchas de aquellas cartas que había dejado caer al suelo con horror y disgusto.

Permaneció un instante silenciosa é inmóvil, mientras que dos lágrimas corrian lentamente de sus ojos sobre su pecho.

En seguida, con un movimiento casi automático, hizo subir hasta sus rodillas su mano colgante, y cogió una carta aun doblada; la desdobló, la llevó á la altura de sus ojos; pero á la tercera ó cuarta línea, como si no tuviese fuerza para ir más lejos, dejó caer la carta sobre la alfombra, donde yacían ya otras.